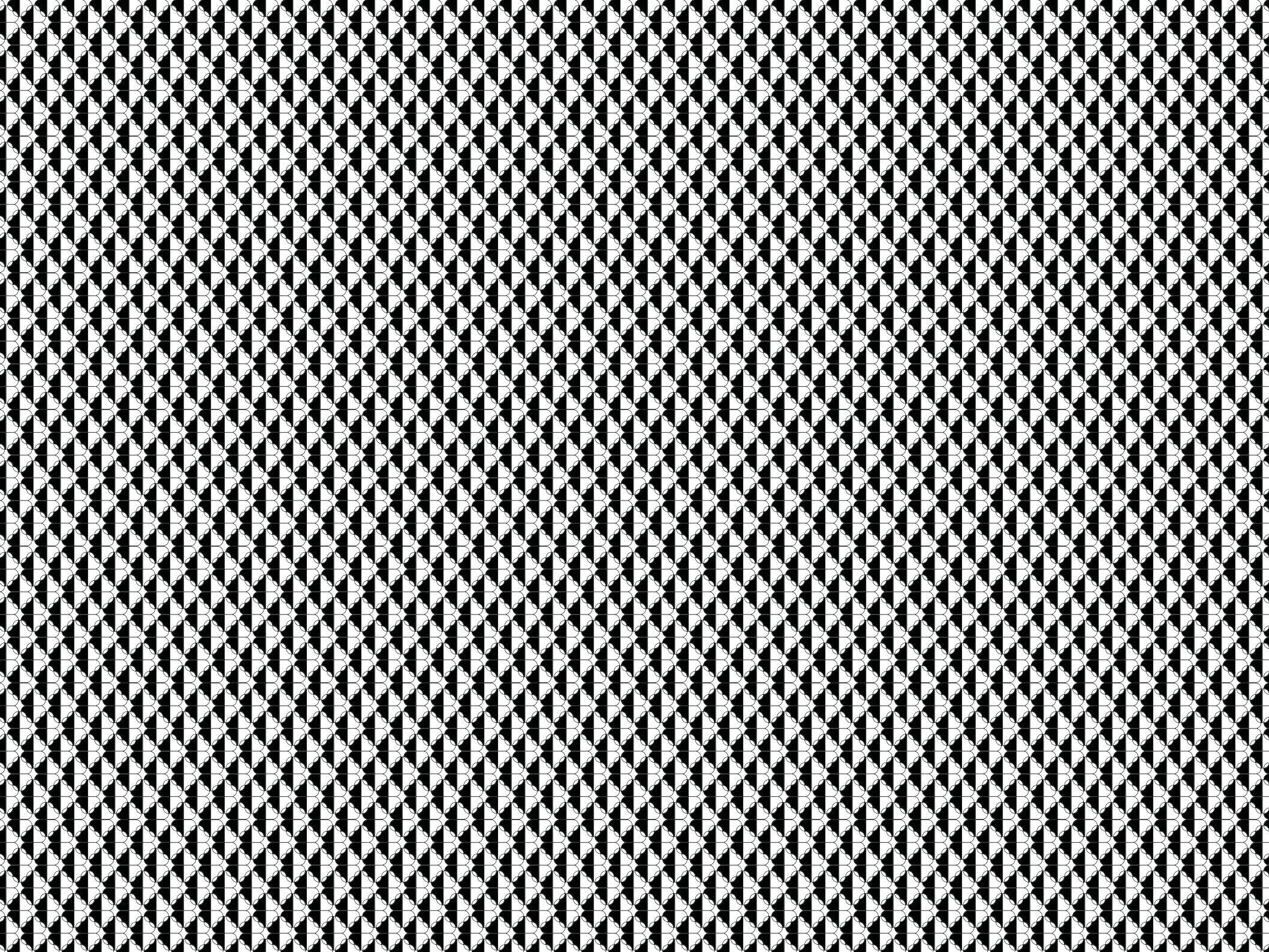






Contra



CONTRA
ADRIÁN GRANT



PLA//ON & BARTLEBOOM

PRIMERA EDICIÓN: septiembre de 2026

A mi hermana Astrid

© del texto, Adrián Grant, 2026
Plasson e Bartleboom, S.L., 2026
Calle Aldea del Fresno 29, 6ºD
28045 Madrid

ISBN: 978-84-10483-54-5

DEPÓSITO LEGAL: M-18360-2026

CÓDIGO BIC: FBA

DISEÑO DE COLECCIÓN: Daniel Mira

IMAGEN DE CUBIERTA: Jeff Hardi (Unsplash)

MAQUETACIÓN: María O'Shea

CORRECCIÓN: Estela Gómez y Daniela Forero

IMPRESIÓN: Kadmos

El papel utilizado para la impresión de este libro ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones tratados con los más altos estándares de sostenibilidad, lo que garantiza una gestión de los recursos responsable con el medio ambiente y las personas.

IMPRESO EN ESPAÑA - PRINTED IN SPAIN

Los ríos van todos al mar,
pero el mar nunca se llena;
y vuelven los ríos a su origen
para recorrer el mismo camino.

— ECLESIASTÉS 1:7

Nuestro abuelo era un fascista, Natalia: o acaso no sabes que fue un hombre. Un hombre que luchó y que mató, un hombre que se batió contra el destino, surgió de la nada y dio un zarpazo a la tierra caliente que lo vio nacer para dejar una huella indeleble, repoblar el mundo y preservar su legado, un legado de sudor y de patria, un legado temeroso de Dios, un legado eterno, bronceado y arrogante, una obra de arte destinada a desafiar el tiempo y la muerte y conservar todo lo bueno y justo de este mundo, de su mundo, de un mundo que ardía en su tiempo, pero su alma ardía con más fuerza y supo imponerse, supo vencer, supo morir con la frente alta mirando el caminar de un sol que ungía sus hazañas con la bendición del universo, una bendición que hizo que su memoria llegase hasta nosotros y que hoy yo te recuerdo, porque a lo mejor lo has olvidado, Natalia, pero sabes que la historia del abuelo es una historia de venganza, de esfuerzo, de arribismo y de valor, una historia de España que cabe toda en el corazón de un solo hombre que era nuestro abuelo, el primero y el

último, el que con su muerte nos dio vida a todos. Porque su sangre corre igual por mis venas que por las tuyas, y aunque te esfuerces en negarlo, aunque inviertas el orden de tus apellidos y reniegues de tu linaje y escupas sobre su tumba y desprecies su credo, no puedes negar que eres nieta de Rafael Robles Serrano, que era tu abuelo y que era el mío y que todo paso que has dado en esta vida, incluso el que diste hacia atrás para tomar impulso y alejarte de él —¡especialmente ese paso, Natalia!—, no podrías haberlo dado sin la existencia de este hombre que te tuvo una vez en sus brazos y que no pudo saber que dedicarías cada gramo de tu energía a descoser las costuras de la realidad que él había zurcido con sus labriegas manos, con su sudor, con su sangre y con su alma, porque no te diste cuenta entonces, casi lo conseguiste pero ahora babeas desorientada y sin recordar tu nombre, pero yo estoy aquí para decírtelo: eres Natalia Robles Galarza, hija de Ramiro Robles Martínez y hermana de Rafael Robles Galarza, llamado así en honor a su abuelo porque aun a pesar de que se intentara acabar con su legado hay cosas más fuertes, ciertas y justas que no merecen caer en el olvido y una de ellas es el nombre del abuelo, que tanto hizo, que tanto sufrió. El abuelo fue un creador neto, una mente febril que supo lo que había de bueno y de hermoso en el mundo y por ello luchó hasta sus últimas consecuencias: el descanso del guerrero que fueron sus últimos años no fue sino la merecida victoria que recibe el héroe. La victoria que toma el que sufre y convierte ese sufrimiento en un combustible que quema el mundo. Y por todo ello hizo

prometer al primogénito que a su primogénito lo llamaría Rafael y que haría volar alto el apellido Robles, y ese nieto de Rafael que se llamó Rafael fui yo y aunque no hubiese decidido mantener viva la llama de su legado mi nombre habría sido un rescoldo de lo que hizo, la prueba de que aunque la memoria de sus logros peligrase, ésta desafió su propia muerte. Tú también, aunque no lo quieras, aunque quizá lo odies con todas tus fuerzas, eres heredera de una tradición que no lograste aniquilar y que ahora te avasalla con su sombra ciclópea y te cobija y te acoge y te cuida y no pide a cambio nada más que tu sumisión, Natalia, nada más que el reconocimiento de que te equivocabas, de que te desviaste del mismo camino que el abuelo Rafael labró, que allanó con sus botas militares, que delineó con sus instrumentos, que dibujó con sus pinceles, que coloreó con sus óleos y que ahora está aquí para que lo admires, para que lo contemples: míralo, Natalia, casi lo reventaste con la explosiva fuerza de tu odio y de tus ansias de destruir todo lo que significó el abuelo Rafael, pero ahora está de vuelta, ahora está más vivo que nunca porque yo sí mantuve el legado, yo quise creer en una misión que trascendiera nuestras vidas y que mis piedras se levantaran sobre las ruinas que nos legaron. Mira lo que he construido, Natalia, y llora de rabia: tu mundo de papel amarillea en las estanterías mientras mi universo de sangre, mi universo eterno que no es sino continuación del del abuelo sigue expandiéndose para siempre en un baile que no cesa, porque no pudiste silenciar la música, casi lo lograste pero no, ahora suenan los tambores con un

bramido de mil tormentas que anuncian que el legado del abuelo está vivo mientras el tuyo se disuelve, se hace polvo, se lo lleva el viento. Sabes lo que hizo el abuelo, lo sabes muy bien porque es exactamente lo que intentaste aniquilar. Sabes que era bueno, noble y eterno y esos eran precisamente los motivos por los que querías borrar lo que fue, darle un empujón hacia la cuneta de la que escapó y pisarle el cuello para alzarte victoriosa, puño enhiesto y frente alta y arrogante la tuya, Natalia, que tenías un plan ganador que jamás viste realizado y que ahora pelagra porque se muere, porque sólo se comenta en una voz baja, casi un susurro del que ya no queda apenas un débil decibelio, sin eco alguno, como la última onda tras tirar una piedra en las aguas morenas que van despidiendo círculos concéntricos hasta la orilla y que los absorbe para que no quede de ellos ni el recuerdo. Sabes que la visión del abuelo Rafael chocaba con la tuya, con una visión del mundo y del hombre que estaba enferma de rabia y que sólo pretendía arrasar la tierra y convertirla en un desierto, pero ese desierto que creíste haber logrado echando sal sobre la fecunda creación del abuelo no era un desierto, sino una playa primigenia llena de vida, de bestias que se arrastraban fuera del agua para echar a andar y que con paso firme, fuerte y decidido acabarían pisoteando tus ansias de muerte y destrucción. Sabes todo eso ahora, con la mirada perdida, confusa, amnésica y demente que lo puede ver todo pero nada puede interpretar ya. Lo que no sabes, o más bien no ves, es lo mucho que respeto al abuelo. Y yo no entiendo cómo podría admitirse otra cosa.

Te veo. Te veo de niña en la playa de Oyambre donde solíamos ir de vacaciones; esa playa en la que se funden las primeras memorias que atesoro, donde empezamos a tomar conciencia de lo que éramos y a lo que pertenecíamos: una familia de complejo linaje y buenas costumbres, diversa en sus ideas pero unitaria en lo que respecta a su condición social. En esa playa comenzamos a vivir y a descubrir el mundo, porque hacíamos todo lo que nos era propio entonces: los juegos, las peleas, el asombro de un escenario nuevo y a la vez antiguo. Un escenario propicio para la reflexión, con el monótono rumor del oleaje y los elementos que bastan para la vida: el agua, el sol, el paisaje que se pierde en el horizonte. Qué más se necesita para empezar a caminar. En esa playa estábamos los cuatro: papá, mamá, tú y yo, una mañana cualquiera de verano. Mientras yo cavaba un pozo con papá con mi torpeza de pequeño de dos años —el fondo empapándose y las paredes venciendo—, tú te metías en el agua, decidida y a los doce —Natalia, la hermana mayor— ya sabías nadar.

Alzabas los brazos en cruz e intentabas parar las olas, que esa mañana gris de verano cántabro estaban más altas que tú; jugabas a parar la marea, pero la marea te tiraba y las olas te empujaban y aunque intentabas mantener los pies en el mismo punto, te arrastraba de vuelta a la orilla. El mundo te escupía para seguir su curso, expresando su brutal indiferencia hacia tus objetivos. No era posible contener las olas, no era posible detener la marea. Pero no dejabas de intentarlo y la insistencia se iba resquebrajando con cada ola y cada tirón de la corriente se convertía en angustia y la angustia en desesperación y la desesperación en llanto y las lágrimas de sal se confundían con el agua de mar que te daba en la cara y te entraba por la nariz, por los ojos y por la boca. Entonces la ola más alta te hundía y te arrastraba y te raspabas las piernas con la arena y regresabas humillada, temblando de frío y con sal en las mejillas. Te tirabas sobre la toalla y dejabas que el sol intermitente y el viento incesante de la playa de Oyambre te secaran despacio mientras la desesperación volvía a ser angustia y la angustia daba paso de nuevo a la insistencia y te preguntabas si lo habrías conseguido de haber aguantado un poco más y entonces te proponías volver al mar pero cogías tu libro y te quedabas leyendo durante horas con mamá, que te miraba con una sonrisa porque leías con una seriedad impropia para una niña de doce años, porque para ti no había nada más serio en el mundo que leer un libro y detener las olas. Entonces yo volvía de mi excavación movediza con un puñado de barro y te lo echaba en el pelo y chillabas, me odiabas, eras todo nervio y enfado,

la histeria —palabra impronunciable en tu presencia— se apoderaba de ti y en vez de pedir justicia a papá y a mamá te incorporabas y, dejando el libro con delicadeza, corrías hacia mí; asustado, yo me escondía detrás de mamá, que primero te calmaba y luego me regañaba y me hacía llorar. Yo lloraba y tú te tranquilizabas y regresabas a tu rutina de lectura y de lucha contra los elementos, contra las fuerzas invencibles de la naturaleza, porque ya entonces intuías que podías fundir ambas actividades, aunque no sabías si algún día podrías conseguirlo. Pero lo que conseguíamos en esos días de playa de cuando éramos niños tenía poco que ver con grandes aspiraciones: nos dábamos un último baño en el mar antes de regresar a la casa, comer un helado, jugar adentro los días de lluvia y quedarnos hasta tarde en la sobremesa de la cena, donde nuestros padres hablaban de cosas serias de la única forma posible: entre bromas, copas, tabaco y amigos de toda la vida que se pasaban por ahí porque también veraneaban cerca, en Comillas o Santillana del Mar. Papá se centraba en los temas menos solemnes con una erudición tranquilizante, calmada como el fluir del licor y el humo de los cigarrillos; mamá se encendía hablando de conflictos políticos cuyo horror no era capaz de comprender, y le embargaba una aguda compasión azuzada por el alcohol. Parecían olvidarse de nosotros en esas largas conversaciones en las que nos quedábamos adormilados con el sonido de sus palabras rascando el aire con suavidad, como se rasca a un perro que duerme a la luz de la ventana. Nosotros también dormitábamos, felices.